

# La Historia inmediata

No se trata aquí de discutir si se puede o debe o no se puede o no se debe escribir la historia de lo inmediato, porque, entre otros, Jean Lacouture ya lo ha hecho con rigor y seriedad.<sup>1</sup> Aun así, el problema es controvertible. La dificultad de investigar, explicar y escribir sobre lo que acaba de ocurrir, si es que verdaderamente ya acabó de ocurrir, es algo que nos mantendrá a los que nos dedicamos a estos menesteres en discusión permanente. Lo que ocurrió en el Golfo Pérsico desde el miércoles 16 de enero del año pasado es una buena muestra de que mejor hay que esperar a que las cosas hayan avanzado, o preferiblemente terminado, para elaborar un discurso congruente acerca de ellas. Es un riesgo no sólo para historiadores sino inclusive para periodistas; aunque éstos tienen la obligación de ir elaborando conclusiones sobre lo que acaba de suceder, pese a que las del día siguiente contradigan de manera palmaria a las del anterior, como ya hemos visto. Sin embargo, de cuando en vez, el periodista necesita hacer balances en los que la presencia de un plazo largo, de unos antecedentes remotos lo ayuda a hacer una mejor explicación de lo que la hora anterior le proporcionó en cuanto a información. El conflicto reciente por lo menos requiere de una información coherente desde las postrimerías de la Primera Guerra Mundial para entender de manera satisfactoria la actual división política de los antiguos territorios persas, los intereses de las potencias occidentales en la producción petrolífera, y así hasta los momentos más recientes de la aurora y ocaso del Tercer Mundo, la Guerra de los seis días, la guerra entre Irán e Irak, etc. En suma, la historia proporciona al periodista bases sólidas con las cuales se debe de mover para entender y hacer entender a los lectores lo que sucede en los días y las horas más inmediatas.

Pero, como ya anuncié arriba, el interés de este trabajo no es alegar si se puede o no se puede relatar lo más inmediato de la historia mundial contemporánea, sino participar a los lectores un problema que se le plantea a quien se dedica al análisis historiográfico, ya que en algún momento se enfrenta a materiales de historiografía de lo inmediato, sobre los cuales se debe hacer una valoración para distinguir si se trata de verdadera historiografía o si apenas es un periodismo ambicioso. La bibliografía histórica está llena de ejemplos en uno y otro sen-

tidos. Valga el caso de la Independencia mexicana, con un texto enorme y riquísimo en elaboración historiográfica como el de fray Servando Teresa de Mier, en cuya génesis hay mucho de panfletismo, ya que hay sospechas de que fue alentado por Godoy para responder a López Cancelada. Aunque esto fuese probado y cierto, el resultado trascendió el panfletismo gracias al talento de Mier, a su erudición, a sus alcances interpretativos, a la fluidez de su pluma, a la solidez de su argumentación, todo lo cual da por resultado una obra historiográfica sobre un acontecimiento que después se sabe que tardaría ocho años más en concluir. No es que fuera adivino. Fray Servando no especula sobre lo que va a pasar, sino que después de trece capítulos en los que traza con detalle las primeras etapas de la "revolución de Anáhuac", se lanza en el catorce a encontrar el sentido histórico profundo de la razón de ser de la lucha de América contra España. Si el factor historiográfico estaba en duda —que no era el caso— en los trece primeros capítulos o libros, el conclusivo lo despeja todo. La estructura profunda del texto se esclarece con él y la obra adquiere una redondez definitiva que la hacen ser un auténtico clásico de la historiografía mexicana.

En contrario se pueden encontrar obras, digamos *La muerte política de la República mexicana* de Francisco Ibar, que no va más allá de un periodismo político comprometido, de una abundancia de noticias, del reportaje, si se quiere usar un término anacrónico, o de la crónica en el mejor de los casos. Mi metodología de análisis le niega a Ibar categoría historiográfica y sí se la otorga a fray Servando. Ciertamente en ello interviene de manera profunda la subjetividad de quien lleva a cabo el análisis, aunque debe suponerse que se trata de una labor responsable y no arbitraria y que responde a una metodología objetiva que sin embargo, en un momento dado, tiene que apelar a la subjetividad. Croce<sup>2</sup> se refiere a las pseudohistorias. Al caracterizarlas nos enseña muy bien a distinguir cuándo se trata de productos acabados y cuándo de aproximaciones.

Me refiero aquí a obras acerca de la historia inmediata, aunque también puede haber pseudohistorias cuyo tema sea lejano en el tiempo. Los ejemplos de Mier e Ibar funcionan bien por ser inmediatos. No contraste dos obras cuyo tema

<sup>1</sup> Jean Lacouture, "L'histoire immédiate", en Jacques Le Goff et al., (dir.), *La nouvelle histoire*, Paris, Les Encyclopedies du Savoir Moderne, 1978, p. 270-293.

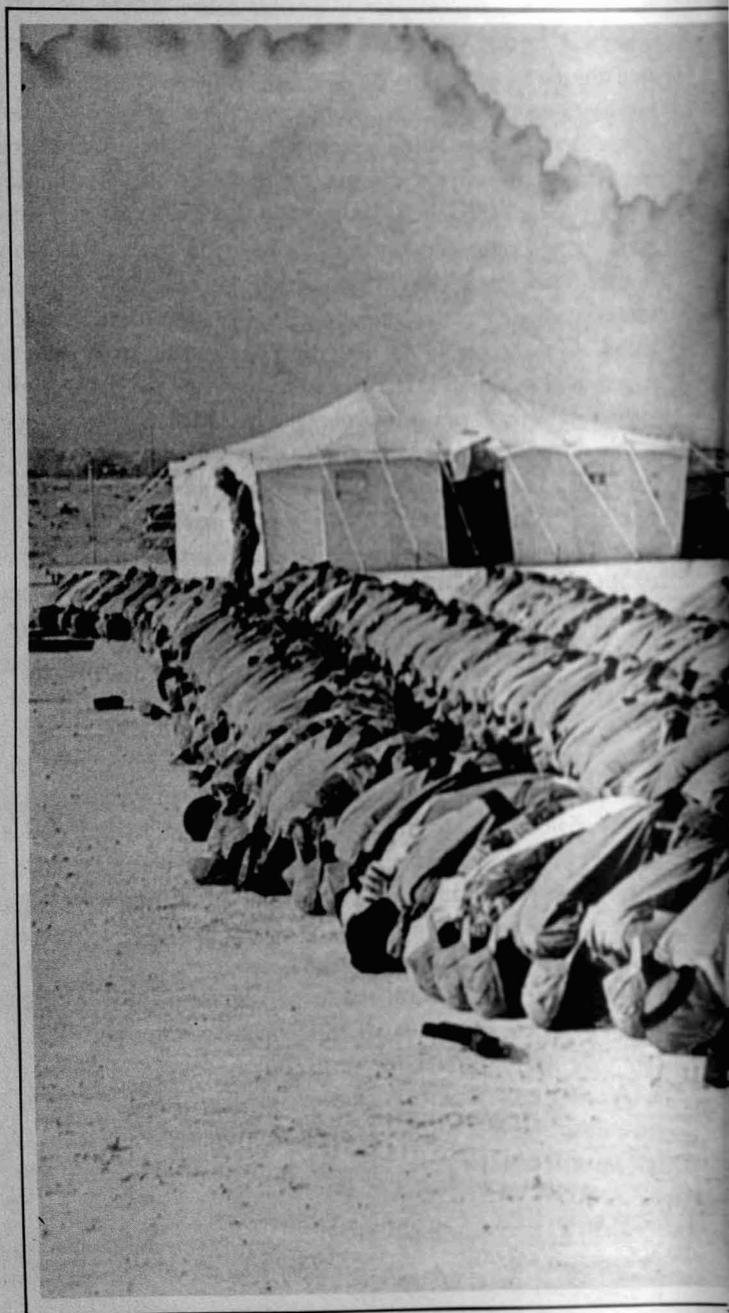
<sup>2</sup> Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, trad. de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, p. 23-40.

se aparte de manera secular. Mi interés se cifra en la historiografía de la Revolución mexicana, cuya primera etapa está nutrida de la historiografía testimonial, recordada y, naturalmente, inmediata. Mi ejemplo predilecto lo constituye la obra de Roque Estrada<sup>3</sup> sobre la Revolución maderista, publicada al mediar el año de 1912, es decir, cuando Madero está en la presidencia y no se advierte ningún tipo de final de su mandato. Estrada se refiere a la campaña electoral y a las acciones políticas que se llevan a cabo después del triunfo de Ciudad Juárez y los problemas del año de 1911. Es decir, lo inmediato. La obra está documentada de primera mano, en la medida en que Estrada fue secretario particular de Madero y manejó y dispuso de una rica información directa. La obra, asimismo, adolece de un enorme apasionamiento, ya que cuando es escrita ya se había producido la ruptura entre Madero y Estrada y eso le otorga una actitud crítica enorme. Para algunos, ello podría descalificar el texto por predominar en él el factor subjetivo. Ciertamente, la obra tiende a descalificar actos de Madero, pero a la vez logra establecer con un gran rigor historiográfico puntos y comas de la trayectoria maderista, desde su origen hasta el momento en que don Roque levanta la pluma. Si se tratase sólo de un panfleto, todo eso estaría de sobra, es decir, bastaría con subrayar los actos negativos cometidos por Madero, en opinión de Estrada, y ahorrarse más de 300 páginas en las cuales queda trazada la etapa inicial del maderismo, de manera excelente, no puedo decir inmejorable, porque tal vez nada lo es, pero la aportación de Estrada al conocimiento histórico del maderismo va más allá del alegato en su contra.

De cualquier manera no se puede descalificar una obra por su subjetividad. Mucho menos si ésta fue el factor que movió al autor a utilizar la pluma. En obras actuales sobre la Revolución cuánta subjetividad podemos encontrar. Womack se declara abiertamente zapatista y sus páginas sobre Carranza están cargadas de subjetividad, como las de Katz a favor de Villa también lo están y no les restan calidad historiográfica. El apasionamiento, como diría Bulnes en 1905<sup>4</sup>, es una expresión de sinceridad. La frialdad no es garantía de objetividad, sino sólo un rasgo estilístico.

El trabajar la historiografía de la Revolución mexicana en su primera etapa, es decir, la que va del propio 1911 o 1912 en adelante, digamos hasta cerca de los años cincuenta, cuando se extingue la generación de los protagonistas, implica hacer una rigurosa selección de trabajos que sí son y otros que no son historiografía. No es desde luego algo ocioso. Es importante distinguir fuentes primarias de obras historiográficas, pseudo-historias de historias, y así sucesivamente. La dificultad es grande. ¿Qué son, por ejemplo las memorias y autobiografías? Desde luego que un género literario, pero una literatura cargada de *verdad*. Es lo que en un artículo<sup>5</sup> he denominado

textos parahistoriográficos, para distinguir lo que cada trabajo contiene de aportación historiográfica y a la vez las carencias de requisitos historiográficos que hacen que una obra sea o no historiografía. La carga de intencionalidad del autor ayuda mucho a quien lo analiza a establecer su filiación genérica. Si Martín Luis Guzmán apela en primer lugar a la novelística en *El águila y la serpiente*, como género que le proporciona estructura, hilo conductor, etc., aunque el contenido sea memorístico, por cuanto a que se refiere a personajes y hechos realmente acontecidos, nos ayuda a ubicarlo. Igualmente ocurre con Vasconcelos en la medida en que su vida sirve de hilo conductor y nos lleva a lo público y a lo privado. Otras memorias o autobiografías que no son tan felizmente pródigas en lo privado como la de don José, y sólo atienden a lo que sus autores consideran público o histórico, ya no resultan tan fácilmente ubicables genéricamente porque renuncian a su subjetividad de manera consciente, aunque ésta jamás los abandona,



<sup>3</sup> Roque Estrada, *La revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas*, Guadalajara, [s./e.], 1912, 502 p. Reproducción facsimilar, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985.

<sup>4</sup> Juárez y las revoluciones de Ayulla y de Reforma, México, Eusebio Gómez de la Puente, 1905. Capítulos I y II.

<sup>5</sup> Álvaro Matute, "La revolución y la escritura de su historia", *Revista de la Universidad de México*, v. XXXVI, nueva época, n. 9, enero de 1982, p. 2-6.

pero no se preocupan de la dignidad literaria de su texto sino sólo de su contribución al conocimiento de *lo que realmente pasó*. Esto es parahistoriográfico, aunque también hay mucho de ello en todas las partes *públicas* de las autobiografías cuyo entramado lo da la totalidad de la vida, sin darle preeminencia a ello o a lo privado. En suma, la dificultad analítica nos lleva no sólo a considerar los factores estilísticos, que son muy importantes, más de lo que comúnmente se piensa, sino también lo que sirve de tema directo a esta reflexión y es el asunto de lo inmediato.

La idea de la *perspectiva histórica* es útil para valorar los textos historiográficos, pero no debe olvidarse que es una idea, no algo existente de manera fenoménica. ¿Se puede decir cuándo comienza a haber perspectiva histórica? Creo que no, en la medida en que se trata de una operación que es propuesta por el sujeto que escribe la historia. El historiador es quien establece la perspectiva. Él pone los marcos temporales

a su materia y puede irse muy lejos o no del presente. Por ejemplo, la caída de Porfirio Díaz, que podría considerarse impensable hasta poco antes de que ocurriera, permite que algunos autores se vean precisados a entenderla a partir de su elevación, como reza el título de la obra de López Portillo y Rojas. Éste es un ejemplo de perspectiva en la medida en que es necesario ir a 1876 para entender 1911. Es decir, se establece un periodo histórico que la posteridad se encargará de corroborar o desmentir.

Y otro asunto de perspectiva es el que debe poner en juego quien hace análisis historiográfico. Hay obras que por sí solas se abren paso y aseguran su permanencia, pero también hay descubrimientos de trabajos tanto publicados como inéditos que fueron preferidos y que, con el tiempo, se pueden revalorar. La condena de un texto por la crítica de una época es un asunto de perspectiva que por consiguiente, no puede ser permanente. La perspectiva —es decir, la subjetividad de un autor a partir de ciertos hechos que lo hacen valorar las cosas de un modo determinado— también puede establecer que hubo sobrealvaloraciones de acuerdo con lo que en otra época se pensaba que debía hacerse.

El problema de la inmediatez no debe juzgarse como un impedimento para que una obra adquiera el rango historiográfico. Se puede apelar al padre Tucídides, actor y autor de la Guerra del Peloponeso, para alegar en favor de que estar dentro de la *foulée de l'événement* —como dice Lacouture— permite escribir historia y no sólo testimonios *para o pseudo* historiográficos.

Otro de los asuntos que se le pueden reprochar a la historiografía de lo inmediato es la falta de disposición del historiador de un amplio número de fuentes. No digo que la totalidad, porque ésta nunca se puede conocer. Es verdad que existen muchas fuentes ajenas al conocimiento de quien escribe al calor de los hechos. Muchos documentos se hacen públicos sólo después de veinticinco o más años en algunos archivos, lo cual limita un manejo satisfactorio de la información. Sin embargo ¿qué garantía hay de que los documentos ocultos tengan algo más que aportar? O, mejor, ¿hay documentos ocultos? Quitándole misterio a esta situación, se puede dar el ejemplo del estudio de una legislatura. La fuente básica es el *Diario de los debates*. Si trabajamos sobre la de la época de Madero, es decir, la XXVI, tendríamos a nuestra disposición el mismo tipo de fuente que si trabajamos la que concluyó sus trabajos en 1991. Para redondear la información acudiríamos, entonces como ahora, a la hemerografía y, entonces, a documentos producidos por los diputados y, ahora, a la historia oral, si la bondad de los protagonistas los hiciera responder preguntas. Es decir, casi no hay diferencias entre las fuentes de una época remota y la más inmediata, por lo cual el número y calidad de fuentes no debe ser un impedimento para la historia de los tiempos recientes.

El problema radica en el sujeto, que establece sus propias perspectivas. Sabe manejar su información y tiene los elementos exegéticos adecuados para hacer la conversión del periodismo en historiografía y servir de base consciente a discursos futuros. Valorarlos resulta tarea difícil, pero ¿quién dijo que la historia es fácil? ◇

